

SER HUMANO

Existe un reto, a la hora de pasar el milenio, que no encuentra fácil respuesta. Un reto que se parece al que, voraz, planteaba la esfinge, al que, menos voraz, proponía Arquímedes o al que muchas veces asistimos cuando creyendo estar cargados de razón somos incapaces de articular un razonamiento que lo demuestre. Me refiero al que concierne a los seres humanos en cuanto seres humanos. Intuitivamente parece que lo tenemos muy claro. Los seres humanos somos los que nacemos de mujer —es ésa una de las definiciones más simples y socorridas que se han dado de humano, si exceptuamos la que nos describe como un mono que ha tenido éxito—. Tales seres humanos seríamos, al mismo tiempo, personas. Los habrá más o menos dotados, más o menos afortunados, más o menos ejemplares de la mejor cara de la naturaleza. Pero, en cualquier caso, no somos primates, no somos ángeles y no somos demonios. Y es que compartimos una carga genética muy semejante, nuestro intercambio sexual hace que se reproduzca la especie y las lenguas, por extrañas, difíciles y antiguas que sean —incluso si oyéramos hablar el nostricum— se pueden aprender. Nos entendemos, en suma, por lejanos, distintos y fruto de contrapuestas culturas que seamos. Ahora bien, cuando se intenta dar un paso más las cosas se complican. Y las cosas se están complicando en medio de los avances de la genética. Unos avances que ponen al descubierto la capacidad para poder transgredir los límites de lo que conocemos como especies o las posibilidades, tal vez lejanas, de que se amplíe el concepto de especie; o, por el contrario, se haga más estrecho. Añadamos a lo anterior el descaro, cada vez mayor, de filósofos, especialmente utilitaristas, para los cuales habría que cambiar de arriba a abajo los principios tradicionalmente rectores de la visión del ser humano. La persona no sería ya, según esta opinión, un miembro de la especie humana en cuanto tal sino quien poseyera una serie de propiedades que, desde luego, no todos están capacitados para tener. Por ejemplo, un niño, y nada digamos un feto o un discapacitado, podrían no ser hábiles a la hora de entenderse como un «yo» que se extiende en el tiempo con su conciencias y sus deseos. En este punto algunos optan por las de Villadiego. Es el caso del conocido, y repetido o copiado, filósofo político americano Rawls que, cuando se enfrenta con el problema, se limita a decirnos que para él ser hombre es una «propiedad difusa». Si esto es así, entonces las fronteras no son claras y se abre, en consecuencia, un mundo de posibles transgresiones. Otros hablan de seres capaces de cooperar. Es obvio que un loco o un enfermo grave no son capaces de cooperar y no por eso habría que expulsarles del reino de los humanos. ¿Qué hacer ante esta situación? La filósofa Jenny Teichman rechaza todo lo anterior basándose en lo opuesto que es al sentido común considerar sólo humanos a aquellos que se pueden comportar como adultos razonables. No da muchos más argumentos. Ahora bien, señala con certeza, algo que se les suele escapar a los que, lógicamente, nos quieren acorralar para que vayamos restringiendo ese reino humano en el que nos encontramos. Y ese algo consiste en que no es cuestión de



un simple razonamiento. La especie humana, más o menos delimitable, como más o menos delimitable es todo lo que se mueve en la variante naturaleza y en la evolución, es un hecho por sí mismo, cargado de sus valores, con una tradición en la que hemos ido conformándonos de tal manera que absurdo sería tomarnos como datos carentes de valor. Esto puede sonar a música. Sin duda. Pero al revés que Bergamín, algunos desconfiados, a veces, de la letra y no de la música. Creemos más, por decirlo sencillamente, en la sonrisa del bebé que comienza a sonreír que en todas las razones juntas que se nos den para equipararlo a un pollo (palabras textuales de los filósofos citados). En la sonrisa está impresa buena parte de la sonrisa y llanto de la humanidad entera. En lo único que estaríamos de acuerdo con nuestros adversarios teóricos es en lo siguiente. La cercanía a los animales, sólo tiene una dirección: la de humanizarlos. La contraria, desde luego, no. Porque animalizarse es romper el núcleo de lo más tangible de la moral, que no es otro sino el de intentar que la humanidad crezca en humanidad.

Javier SÁDABA

EL SALTO CUALITATIVO

Va de mano en mano y todo el mundo lo comenta. Se lo envían unos agentes a otros como si fuera una terrible «felicitación» de Navidad y del nuevo año. Se trata del documento que fue encontrado en poder del cabecilla Pedro Picabea Ugalde, de la saga de los Picabea, etarras ellos, que llegaron a ser llamados los «hermanos Dalton», en el que un grupo de pistoleros que, según su presentación, habían desempeñado importantes responsabilidades en el seno de la banda, proponían un «salto cualitativo»: en el «accionar armado», vulgo atentados y asesinatos. El documento, pese al tiempo pasado (cuatro años), cobra, según le han dicho a Juan Bravo sus amigos del

Norte, una triste actualidad y anticipa lo que puede ser la estrategia etarra en los próximos meses. El intento de colocar dos furgonetas-bomba con 1.700 kilos de explosivos sería sólo un siniestro anticipo. A J. B. le comentan que en el documento, muy amplio y prolijo, se fija como objetivo la «oligarquía» española, tanto la política como la económica, para que, tras sufrir los golpes que planea ETA, presione al Gobierno a que negocie con los terroristas. Cabe preguntarse si los expertos se han acordado de poner ese documento en las mesas de Moncloa y Castellana 5 para que lo conozcan.

Juan BRAVO



R+S '99

JULIO ANGUIITA

Es difícil no entenderse con Julio Anguita en el modo de estar dignamente en el mundo. Comparto su capacidad de indignación ante cualquier iniquidad y su desprecio por la exhibición de vulgaridad con que día a día nos obsesionan los psicofantes de turno. Participo hasta el límite de su actitud de que todo diálogo que merezca la pena —o la gloria— exige precisión de palabras y conceptos, rigor de razonamiento, buena fe intelectual y lealtad a la verdad. Como dice nuestro común amigo Antonio García Trevijano, el talento tiene siempre necesidad de dialogar, aunque sea consigo mismo. La necesidad no. Decía el Eclesiastés: «Los ojos del necio vagan erráticos sobre la faz de la tierra». Ojos erráticos, almas bizcas y conciencias zambas que apenas son otra cosa que la antesala del vacío, la frivolidad o la embestida. Hay modos morales y culturales de dar sentido a la vida personal y compartirlos en su raíz y en su médula es lo propio de la amistad. Cuando también se comparan los fines y los métodos de lucha por la libertad política, la igualdad social y la



fraternidad última entre ciudadanas y ciudadanos iguales y libres se está ante la realidad del que, además de amigo, es compañero, camarada o, si se prefiere —Julio lo prefiere— conmitilón, compañero en la

misma lucha o en igual trinchera. «Hasta aquí he podido llegar». Es lo que dijo Julio cuando lo examinaban de nuevo, con el corazón maltrecho, hacia el quirófano. Muchos lo interpretaron como el anuncio de una claudicación, como ese «no puedo más y aquí me quedo» que tanto dolía a José Agustín Goytisolo. Pero no era así. Hasta allí había podido llegar de esa manera. No sólo con las manos vacías de tanto dar sin tener —que es lo propio de un comunista decente— sino con la sangre permanentemente aborrecida y en continuo combate con ese negro muro de codicia, iniquidad y opresión, casi muerte y casi piedra, de la mentira universal que nos atraca cada mañana con los despojos del pensamiento único, de la globalización de la miseria y de la riqueza oligárquica. Nadie puede vivir desviviéndose, a no ser que recurra, como los grandes fariseos, a la prótesis anímica de cualquier mitología supersticiosa. Como nadie puede morir desmuriéndose. La riqueza moral y democrática de las personas que, por pensar con su propia cabeza, no tienen que mendigar su libertad a nadie no puede prodigarse ni malversarse en contiendas politiqueras donde la frivolidad y el encanallamiento triunfan fatalmente sobre la precisión, el rigor y la dignidad. «El corazón es agua/ que te acaricia y canta;/ el corazón es puerta/ que se abre y se cierra», decía Miguel Hernández. Cuando el corazón de un viejo gladiador se convierte en aguarriente seco y desbordado, puede cerrarse de un portazo para no abrirse más. No se debe despreciar el polvo del que se está hecho, el polvo que habla, siente y quiere. Saint-Just lo despreciaba y desafiaba a sus enemigos a que le arrancasen «esta vida independiente que me otorgué ante los siglos y los cielos». No hay vida independiente sin el polvo que alienta y que te crea. La ceniza nunca tiene sentido. El polvo enamorado puede tenerlo. Sobre todo si es el de un hombre tan radicalmente libre como Julio Anguita.

Lo recuerdo más íntimamente que nunca en este fin de año y de milenio. Cuando convalece de sus heridas. Cuando los doce hachazos de la media noche terminen de cortar el árbol de este siglo maldito que se acaba entre orgías de sangre y asesinatos en masa en tantas partes del mundo, cuando muchos tenemos el temor de que las piedras talladas para construir el edificio de la libertad sólo sirvan para seguir levantando tumbas, hay que exigirle a Julio Anguita presencia y asistencia entre nosotros como una necesidad del espíritu y como un lujo de sus amigos. Blando con las espigas y duro con las espuelas. Como debe ser.

Joaquín NAVARRO